

Algo más que tablones

JOSE ANTONIO ABELLA

CON el inicio de la primavera, hoy, 21 de marzo, se celebra el Día Forestal Mundial. Dejando de lado la pasión que muestran los organismos públicos, nacionales e internacionales, por denominar con apellidos rimbombantes a esos hitos de papel con los que se esfuerzan en marcar el devenir del calendario, no estará de más emplear unos minutos en glosar eso que en nuestra infancia se llamaba, sencillamente, el Día del Arbol.

«¿Qué es un árbol?», les he preguntado a mis hijos. Y ellos, desde la sabiduría natural de ese ramillete de años que todavía se pueden contar con los dedos de las manos, se me han quedado mirando a los ojos como pensando, medio incrédulos, que a su padre se le ha debido de cruzar un cable en la cabeza.

«¿Un árbol?», me preguntan a su vez para confirmar, no ya mis palabras, sino sus dudas sobre mi salud mental. «Un árbol es una planta de tronco leñoso», me responden por fin, acaso imaginando que les estoy tendiendo una trampa para saber cómo van en eso que los chicos llaman

ahora «Natural» y que antes llamábamos Ciencias Naturales.

La verdad es que me hubiera gustado seguir la conversación, decirles que un árbol es algo más que lo que cuenta su libro de «Natural»; que un antiguo filósofo llamado Empédocles de Agrigento explicaba que todo el universo está formado por cuatro elementos —tierra, agua, fuego, aire— y que nada como el árbol reúne y sintetiza esos cuatro elementos constituyentes de la realidad. Pero mi hijo pequeño apretó el botón de la caja de colorines parlantes y el diálogo quedó zanjado. Afortunadamente porque, sin duda alguna, me habría argüido que con ninguno de tales elementos está hecho ese maldito trasto de las broncas familiares que, con pocas excepciones, se está convirtiendo en nuestra única ventana al universo.

Si la conversación hubiera seguido, aun a riesgo de reafirmarles en su teoría sobre mi prematura demencia senil, yo les habría intentado explicar esa simbología de los elementos: Tierra, donde el árbol penetra para sustentarse mutuamente, es decir, para sujetarse en ella y ali-

mentarse de ella al mismo tiempo que él la sujeta con sus raíces y la alimenta con sus hojas caídas. Agua, que él necesita para vivir y ella para permanecer. Fuego, robado por Prometeo del carro de Helios, el Sol, cuya energía transforma el árbol en moléculas orgánicas. Aire, que sin los árboles carecería del oxígeno que nuestro mundo necesita para ser un planeta vivo... El árbol es el símbolo de todo lo creado, incluso el de nuestros propios sueños por crear, con las raíces en el suelo de la realidad cotidiana y las ramas en el aire de esas utopías nuestras que son, siempre lo fueron, el aliento de lo posible.

Y, puesto que en lo posible estamos, tampoco estará de más *co-incidir* con la campaña que bajo el lema «Cuida y disfruta de tus zonas verdes y tu arbolado urbano» va a desarrollar el Ayuntamiento. Por encima de los muchos aspectos detestables de la gestión municipal, es preciso reconocer el esfuerzo realizado en la recuperación de nuestros parques y jardines, tantas veces entorpecida por las actuaciones vandálicas a las que con esta campaña se quiere po-

ner freno. Es posible que el intento de concienciación acabe dando sus frutos, pero seguramente les daría mucho más si a ella se uniera el esfuerzo de la policía local por detener a tales vándalos y si el proyecto de ley para la reforma del Código Penal contemplara, como parece que lo hace, una relación entre los delitos y las penas de mayor utilidad que las consabidas sanciones económicas o carcelarias que a nada conducen: si al arboricida sorprendido en su barbarie se le impusiera la condena de ayudar, como un jardinero más, en el cuidado de nuestras zonas verdes, acaso llegaría a comprender que un árbol es algo más que un desahogo para sus frustraciones, que una planta de tallo leñoso, que un tablón en potencia.

Acaso entonces llegaría a comprender esas palabras de Elton Trueblood que tanto le gusta repetir a Leopoldo Yoldi, verdadero responsable de ese esfuerzo de recuperación de nuestro entorno natural: «*Aquel que planta árboles bajo los cuales sabe muy bien que nunca se sentará, ha empezado a descubrir el sentido de la vida*».